

Antología poética

Manuel y Antonio Machado

Edición de Felipe Benítez Reyes



CÁTEDRA

ÍNDICE

9 **Introducción**

- 9 Dos hermanos poetas
- 10 Dos perfiles
- 11 Dos temperamentos, dos destinos
- 12 La Guerra Civil
- 14 Esta edición

15 **Manuel Machado**

- 17 Adelfos
- 19 El jardín gris
- 20 Otoño
- 21 Castilla
- 23 Felipe IV
- 24 Retrato
- 25 Yo, poeta decadente
- 26 La canción del presente
- 27 El camino
- 28 Nocturno madrileño
- 29 Alcohol
- 30 La canción del alba
- 31 El querer

- 33 Cualquiera canta un cantar
- 34 Alfa y omega
- 35 A José Nogales, muerto
- 36 Canto a Andalucía
- 37 Rima

39 **Antonio Machado**

- 41 [He andado muchos caminos]
- 43 [La plaza y los naranjos encendidos]
- 44 Recuerdo infantil
- 45 [El limonero lánguido suspende]
- 47 [Yo voy soñando caminos]
- 48 [El sol es un globo de fuego]
- 49 Las moscas
- 51 A un naranjo y a un limonero
- 52 Consejos
- 54 [¿Y ha de morir contigo el mundo mago]
- 55 Campo
- 56 Retrato
- 58 Un loco
- 60 [He vuelto a ver los álamos dorados]
- 61 A un olmo seco
- 63 [Soñé que tú me llevabas]
- 64 [Una noche de verano]
- 65 [Palacio, buen amigo]
- 67 Proverbios y cantares

71 **Después de la lectura**

- 71 El fluir sosegado

INTRODUCCIÓN

Dos hermanos poetas

El hecho de que Manuel y Antonio Machado fuesen hermanos nos obliga, de un modo artificioso, a establecer similitudes y diferencias entre la obra poética de ambos. Similitudes y diferencias que ni siquiera nos plantearíamos en el caso de que ese vínculo fraternal no existiera, porque todo poeta importante debe ser considerado como una individualidad, no como un elemento de contraste valorativo con otros poetas.

Manuel y Antonio Machado fueron poetas muy distintos entre sí, pero a la vez fueron poetas en esencia muy afines. Aparte de escribir varias obras teatrales en colaboración, en los dos tiene una importancia decisiva la poesía popular andaluza, ese legado folclórico que el padre de aquellos dos poetas, don Antonio Machado y Álvarez (conocido por el pseudónimo de *Demófilo*), se encargó de estudiar y de recopilar; los dos, además, al igual que Juan Ramón Jiménez, beben de las aguas metafísicas y turbias del simbolismo, esa estética de origen francés que se basa en la pretensión de llegar a expresar lo inevitable a través de símbolos, sin preocupación por el hermetismo de los resultados, aunque los Machado supieron apropiarse sólo de lo que les interesaba: aprenden que, para hablar de la vida, basta con hablar del fluir sosegado del agua en una fuente, por ejemplo.

Con todos los matices y con todas las reservas imaginables, podríamos decir que Manuel fue un poeta más moderno que Antonio, mientras que Antonio fue un poeta más intemporal que Manuel.

Manuel es autor de una obra poética con momentos deslumbrantes, aunque con una decadencia muy larga y estéril. La obra poética de Antonio mantiene una regularidad de cosmovisión a lo largo de los años, y es precisamente esa cualidad la que le confiere grandeza: su poesía forma un dibujo coherente, crea una voz poética inconfundible y define una mirada propia sobre la realidad. La obra poética de Manuel, en cambio, es un proyecto en buena medida truncado: después de unos inicios inmejorables (representados por los libros que publica a lo largo de la primera década del siglo xx), su labor poética va reduciéndose casi por completo a poemas menores de temática circunstancial, a dedicatorias más o menos rípidas, a ejercicios de versificación en los que se percibe un hastío no sólo literario, sino también vital.

Dos perfiles

Antonio tuvo una vocación poética indeclinable, en tanto que Manuel tuvo una vocación poética que fue apagándose con el correr de los años, hasta el punto de acabar siendo un versificador desganado y ocasional. De todas formas, Manuel Machado escribió algunos de los poemas más rotundos y perdurables de su tiempo... o de cualquier tiempo, unos poemas que aportaron, además, nuevos registros expresivos: la suya fue una voz determinante para la renovación del tono de la poesía española del siglo xx, al restarle solemnidad y engolamiento en favor de una formulación irónica y descreída, propia de una conciencia moderna que dialoga consigo misma no desde un pedestal, sino a ras de suelo: el personaje que nos habla desde sus poemas es irónico incluso con la propia poesía. Siempre ha habido poetas humorísticos, pero Manuel Machado no es ya un humorista: la suya es —insisto— una conciencia irónica, una conciencia que no asume dogmas ni verdades, sino que se aferra al «instante que se va»... con lo que ese instante traiga.

Antonio Machado, por su parte, definió una sentimentalidad característica: para él, el poema era un espacio propicio para la reflexión y para la ordenación razonada de las emociones, un coloquio asordinado entre el pensar y el soñar, entre la memoria y la esperanza, entre la conciencia y la nostalgia.

En sus poemas más representativos, Manuel dibuja un personaje calaveresco y urbanita, amigo de la noche, del vino y las mujeres, desencantado de los altos ideales y con vocación de malditismo. Antonio, en los suyos, dibuja la silueta de un hombre meditabundo y apacible, paseante abstraído de los campos, con un humorismo agudo y benévolo, preocupado por la dignidad del ser humano desde su rincón solitario, partidario de la razón y enemigo de la injusticia, en conversación continua con sus melancolías.

Dos temperamentos, dos destinos

Todos cuantos trataron a los hermanos Machado insisten en señalar la diferencia de temperamento de ambos: locuaz y chistoso Manuel, grave y taciturno Antonio.

Rafael Cansinos-Assens, por ejemplo, nos ofrece el siguiente contraste: «Manuel, efusivo, ligero, chispeante, andaluz pizpireto; Antonio, serio, ensimismado, meditabundo, lacónico como un espartano, descuidado en su atuendo, con manchas de ceniza y alcohol en su traje viejo y raído». Todos los testimonios de quienes les trataron insisten en los mismos aspectos, y hay unanimidad en lo llamativo de un contraste tan acusado.

A Manuel y a Antonio les unió siempre un cariño entrañable, y se sabe que no podían pasar mucho tiempo sin verse. Aparte de las obras teatrales que escribieron al alimón, fueron mentores literarios mutuos. Manuel opinaba que su hermano Antonio era «el más grande poeta de todos los tiempos», y Antonio, de natural menos exagerado, admiraba lo mejor de la poesía de su hermano mayor (le daba poca importancia, por ejemplo, a la celebrada veta popular de éste).

Ambos poetas nacieron en Sevilla: Manuel en 1874 y Antonio en 1875. Cuando aún eran niños, su familia se trasladó a Madrid, donde fueron alumnos de la Institución Libre de Enseñanza, proyecto pedagógico que pretendía una formación integral del individuo, con atención no sólo a su instrucción intelectual, sino también a su formación moral, potenciando el desarrollo de su sensibilidad humanística, de sus ideales y de su temperamento.